

Sr. Roa Bárcena, y qué bien diluyó en ellos las aspiraciones de su alma fascinada y los delirios de su partido, embriagado por un triunfo que nunca creyó alcanzar.»

Con verdadero deleite cito estas frases de un caballero adversario, y confieso que mis propios encomios palidécen ante un testimonio tan brillante.



## VIII

**D**E la primera época de Roa Bárcena, sólo nos quedan por examinar las *Poesías religiosas*.

«Para qué estas divisiones (exclama á este propósito el escritor que acabamos de citar), si todas sus poesías son cristianas, si en todas se revela el pensador, y aun en las descriptivas, entre las frondas cuyos rumores repite, entre las flores cuyos aromas pulveriza, y sobre los lagos cuyos cristales riza con su voz inspirada, relampaguean de cuando en cuando las adormidas pasiones del político y del partidario?»

Es verdad; y ya lo hice notar al hablar de *Diana*. Pero hay grupos especiales de poesías más ó menos cortas, esencialmente religiosas, que contienen plegarias, himnos de alabanza, aspiraciones del alma piadosa; y de éstas vamos á tratar.

En 1856 publicó Roa Bárcena un precioso librito, de que en 1909 hicieron sus hijas segunda edición, en la cual declaran que es *la mayor riqueza que les legó la bendita mano* de su piadoso padre. Y con razón. Se titula *Flores de Mayo* ó sea *el Mes de María para uso de las familias mejicanas*. Contiene, para cada día, una breve meditación, una oración y un cántico, igualmente breves. No parece redactado por un seglar, ni menos por un periodista profano. Se cree que todo versificador, todo escritor versado en las letras y con alguna práctica en zurcir artículos de periódico ó arrear á las turbas, es capaz de predicar un sermón ó de componer unas plegarias mejor que un eclesiástico de menos letras é inferior elocuencia. Nada más erróneo. Compárense las oraciones que ha acostumbrado recitar *La Sociedad Católica* de Méjico, ó el *brindis Eucarístico* que declaró sermón cierto insigne literato ordenado sacerdote á la hora undécima; compárense otras piezas semejantes con las *Flores de Mayo* de Roa Bárcena, y se verá desde luego la diferencia.

Entre los cánticos encontramos la oración en pró de la Unidad religiosa que cité íntegra en el número anterior; y si recorremos uno á uno los cánticos de cada día, hallaremos que son los mismos que, formando un grupo especial, publicó el mismo año entre sus *poesías líricas*. ¿Los escribió exprofeso para el Mes de María, ó los entresacó de su colección de versos? Algunos, quizá la mayor parte, parecen hechos á propó-

sito para que los recitaran los fieles. *El Tránsito de María, María puerta del cielo, María estrella del Mar*, y otros varios se me figura que pertenecen á esta categoría. Otros evidentemente *no*, como las brillantes octavas tomadas de la Oda *en la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción*. Algunos son suspiros del alma del poeta cristiano, no destinados desde el principio á ser exhalados por otros labios que los suyos.

«Si se acercase á herirme  
La dura muerte cuando  
El pecado en sus lazos me retiene  
¡Cuánta desdicha, oh Dios, para mi alma!  
«¡Oh Madre, oh Madre mía!  
Dame que goce de los altos bienes  
Que compró con su sangre para el mundo  
El Hijo muerto que en tus brazos tienes.»

Estos y otros trozos semejantes, son manifiestamente *subjetivos* en su origen, aun cuando después se hayan lanzado á los fieles en general. Merece citarse el coro del himno final:

«Las flores del campo ya seca el estío;  
Las flores del alma jamás morirán,  
Pues riega sus hojas celeste rocío  
Y á ti consagradas ¡oh Virgen! están.»

Además de los cánticos tomados del *Mes de María*, ó en él reproducidos, el grupo de *poesías religiosas* contiene algunas otras dignas de especial recuerdo.

«La Ciudad de los Césares altiva,  
 La que á orillas del Tiber asentada  
 Recuerda su grandeza primitiva  
 Y que tuvo á la tierra encadenada,  
 El tibio sol del paganismo esquivo  
 Y á grandeza mayor es elevada;  
 Derrumbóse en su seno el Capitolio,  
 Y alzó la religión su augusto solio.

«Vense en el horizonte todavía  
 Las colinas y el circo del pagano;  
 Pero nadie convoca á guerra impia  
 O cierra el templo aterrador de Jano.  
 Las águilas indómitas que un día  
 Símbolo fueron del valor romano,  
 Ceden el puesto, en el pendón latino  
 A la sagrada cruz de Constantino.

«Roma nació para reinar: guerrera  
 Tuvo el mundo á sus pies; hoy es la roca  
 Do una fábrica está imperecedera,  
 Do la impiedad se estrella en furia loca.  
 Al visitarla, de lejana era  
 Ilustres sombras el viajero evoca,  
 Y tornan á alentar Rómulo adusto  
 Virgilio el grande, el inmortal Augusto.

«Toca Abril á su fin; el campo hermoso  
 Esmalta con sus flores Primavera;  
 Brilla en mitad del cielo, luminoso  
 El sol y en nuestros lagos reverbera.  
 Joven enamorada que al esposo  
 Tras larga ausencia, con afán espera,

Para agradecerle más, no se atavía  
 Cual la brillante México este día.

«Es que la voz que resonó elocuente  
 De Roma en la Basilica sagrada,  
 A los hijos del nuevo Continente  
 Hoy anuncia una nueva deseada.  
 Ese pueblo que sigue reverente  
 Tu bellísima imagen, Madre amada,  
 Lleva en los rostros su alegría impresa:  
 Tu *Concepción Purísima* confiesa.»

Bastan estas octavas para dar una idea del estilo elevado que campea en la Oda á la Declaración Dogmática de la Inmaculada Concepción. Es, en mi concepto, la mejor de todas las poesías sagradas de Roa, y para gustarla debidamente sería preciso leerla toda entera.

«No siempre, dócil y sumisa esclava  
 Ha de besar el alma las cadenas  
 Que aprisionada al cuerpo vil la tienen.  
 A regiones más puras y serenas. . . . .  
 Remonte alguna vez osado el vuelo.»

Así empieza la breve silva titulada *El Pensamiento en Dios*; y juzgo inútil citar más versos de las *composiciones religiosas*. ¿Cuál debe ser el juicio del crítico sobre este ramillete de fragantes flores de cristiana poesía? Sería injusto compararlas en su conjunto ó separadamente á los Himnos sagrados de Borghi, ó aun

á los de Manzoni. Perdería su *Magnificat* si lo pusiéramos al lado del de Moratín, y su cántico á la Ascensión junto á la Oda de Fray Luis de León. Pero no pretendió Roa elevar tan alto su osado vuelo. Quiso únicamente poner en breves versos los sentimientos piadosos de su cristiano corazón, y el éxito correspondió á su intento más allá de lo que esperaba. Se retrata en ellos su alma bellísima, y mirados bajo este aspecto, me atrevo á decir que son superiores á los de los ínclitos poetas que acabo de citar.



## IX

**A**QUÍ termina la reseña de los versos escritos por Roa en la primera mitad de su vida, que he llamado la época de las ilusiones y del entusiasmo. Voy ahora á hablar de lo que hizo y escribió en la época del desengaño y del desencanto, y me permitirá el lector que vuelva á mis reminiscencias personales.

Regresé al país al terminar el año de 1865, y pasé en la Capital una parte de 1866 y algunos meses de 1867. Volví yo de Roma, no sólo sacerdote, sino miembro de la Corte Pontificia y con grados académicos. En Méjico pertenecía á la Capilla Imperial, y el éxito de mi estreno en el púlpito me había dado una aura popular que hacía olvidar mis pocos años. Desapareciendo así la diferencia de edad, podía alternar con los literatos de la época, y en especial con Roa Bárcena, bajo cierto pie de igualdad; y así se estrechó nuestra amistad.

Nos encontrábamos todos los días, ya en la redacción de su periódico, ya en casa de Pesado, ya en la

*Academia Imperial de Ciencias y Literatura* recién fundada por el Emperador. En la primera me aguardaban sorpresas mayores que cuando por primera vez había penetrado en sus vetustos muros. Mis ideas se habían algún tanto modificado con mi larga residencia en Italia. Ya no era tan grande mi entusiasmo por las libertades inglesas; y de su constitución y leyes, sólo seguía admirando *el juicio por jurados*, de cuya institución se considera Inglaterra madre y maestra. En cambio, mi respeto á la autoridad regia y mi veneración por la persona del soberano habían subido de punto. Me figuraba encontrar la nave del Imperio bogando viento en popa, y al partido conservador, lamentando, sí, las diferencias con la Santa Sede, pero lleno de amor y de entusiasmo por el soberano que tan lejos había ido á buscar.

¡Cuál sería mi asombro, al oír desde luego en aquel círculo venerable, hablar del Emperador con poquísimas reverencias; de la Emperatriz, con ninguna galantería! Todo allí se criticaba amargamente, y, cuando á ello se prestaba el asunto, se ponía en ridículo. La etiqueta de la Corte, la organización del ejército, la nueva división territorial, las leyes y decretos del Imperio, los discursos del Emperador, las mercedes de la Emperatriz, las barbas azafranadas de los austriacos, el aspecto juvenil y nada bélico de los belgas; todo, todo era objeto de agrias censuras, y de suspiros de profundo desengaño; pero sin una palabra de des-

lealtad ni una sombra de rebelión. Era Roa el más moderado de todos; pero no por eso dejaba de zaherir á los más altos personajes con la afilada tijera de su finísima sátira.

Las tertulias de Pesado se habían modificado algún tanto. Faltaba ya el insigne poeta, maestro venerado, y centro de atracción irresistible para todos los cultores de las musas. Quedaban sus hermosas hijas, tan amables, tan hospitalarias, tan dulces como siempre; pero las circunstancias habían hecho dispersarse á muchos de los concurrentes.

Al ser ocupado Méjico por el ejército francés, los jefes y oficiales se distribuyeron entre las principales familias, exigiéndose un alojamiento correspondiente á la graduación. A la familia Pesado tocó nada menos que el Capellán mayor del ejército, el tristemente célebre Abate Testory. Recibido de muy mal talante y alojado lo menos bien posible, con su cortesía, su igualdad de humor, y sobre todo con su carácter sacerdotal, se captó bien pronto la simpatía de las Señoras, que en breve se convirtió en amistad. Su presencia atrajo á varios oficiales, de los mejores que tenía el ejército de ocupación; pero que no á todos los antiguos amigos de la casa eran igualmente simpáticos.

Entretanto el Capellán tuvo la mala suerte de ser escogido para campeón del partido liberal contra la Iglesia. En mal hora publicó su opúsculo contra el clero mejicano, á que contestó victoriosamente el elo-

cuenta Provincial de los Jesuítas, Padre Arrillaga; y que no tardó en ser inscrito por la Santa Sede en el Índice de libros prohibidos. Esto obligó á todos los conservadores, poetas ó no, que acostumbraban frecuentar la casa, á escasear sus visitas y hacerlas á horas en que no había peligro de encontrar al Abate. Este, por su parte, se escabullía por alguna puerta excusada, apenas vislumbraba á alguno de nosotros. Quedó, pues, la tertulia reducida á los miembros, har- to numerosos, de la familia, y á algunos amigos ínti- mos que, como Roa y yo, teníamos motivos para con- siderarnos como tales. Esta circunstancia estrechó todavía más nuestra amistad.

La Academia de Ciencias y Literatura se fundó el 10 de Abril de 1865, y en la mente del Emperador debía ser, como la Academia Francesa, un pequeño grupo de *Inmortales* de todas opiniones y de todos los partidos políticos. Predominaban, sin embargo, los liberales adheridos al Imperio: los conservadores del antiguo cuño parecían allí fuera de su centro. Mi so- tana casi se escondía entre la carpeta verde de la gran mesa del salón de sesiones, y era la única; pues aunque creo que era miembro el Canónigo Moreno y Jove, no recuerdo haberlo visto en las reuniones. Recuerdo, sí, á Orozco y Berra, á Pancho Pimentel (como familiarmente llamábamos al Conde de Heras) y sobre todo al egregio Don Fernando Ramírez, pre- sidente del consejo de ministros del gabinete Impe-

rial. Habría valido la pena conservar esta institución, al restablecerse la República, declarándola neutral, como deben serlo las corporaciones científicas y litera- rias. Pero se dispersó, aun antes de derrumbarse el régimen Imperial, y hoy día casi nadie se acuerda de la docta corporación. Aun mis propias reminiscen- cias son muy confusas. Conservo, sí, recuerdo vivo de la brillante exhibición que hicimos de nosotros mis- mos en Palacio el 10 de Abril de 1866, y de la extra- ñeza que mostró el Emperador, porque ni el Presiden- te llevaba al cuello la medalla que le había señalado por insignia. Recuerdo también, en algunas comidas en Chapultepec, las satirillas de Su Majestad por el poco espíritu de trabajo que hacía parecer á los Aca- démicos *muñecos de paja*, y por el latín poco correcto de ciertas inscripciones que mandó hacer para la es- tatua de Morelos, entonces en la plazuela de Guar- diola. Estas satirillas (que en parte, si no me engaño, oyó Don Anselmo de la Portilla) me hicieron empre- der trabajos casi superiores á mis fuerzas. A Roa nunca lo entusiasmó la Academia.

Ese mismo año de 1866, pronunció Roa el siguien- te brindis, que fué como el perno en que debía girar la segunda época de su vida: ya veremos por qué.

«Bien de boda el traje lleva  
Con modestia en otras rara,  
Y que en su porte no es nueva

Quien se acerca al pie del ara  
Bella y pura como Eva.

.....  
«Si esa guirnalda, ventura  
Tan sólo en otras abona  
Y por ello se ambiciona,  
Dicha, bondad y hermosura  
Sobre tus sienes corona.

«No en balde brisas y flores  
De tan alegre mañana  
Te dan su ofrenda en amores,  
Y en halagüeños rumores  
Parecen decir..... ¡SUSANA!

.....  
¡Rara fortuna en mis males  
Me otorga el cielo clemente,  
Mirando en momentos tales  
Dos seres en dicha iguales  
A quienes amo igualmente!  
«El cántico de este día  
Debió entonar el poeta  
Que el sér te dió y es mi guía,  
Y cuya memoria pía  
Méjico guarda y respeta.

.....  
«Oye tan sólo en mi acento  
Débil y sordo en verdad,  
El del grato sentimiento  
Que hoy inspira á la amistad  
El cuadro de tu contento.

«Cabal para siempre sea  
Y en nardo y rosas de estio

El mundo en tu faz lo lea;  
Reinando en tu hogar se vea  
La paz que reina en el mío.

«Y cuando en frutos coronas  
El árbol plantado así,  
Sean iguales en dones  
A su padre los varones  
Y sus hermanas á ti.»

No son exageradas las alabanzas del poeta á la hija del insigne Pesado. Su hermosura no tenía rival en toda la extensión de Méjico. Era y fué siempre cristiana sin afectación, piadosa y caritativa sin jactancia, de claro talento, de instrucción vastísima, fácil para perdonar, reservada y digna en el hogar, *pura como Eva* y, por último, desdeñosa como la heroina hebrea cuyo nombre llevaba. Brillante partido era Susana; pero difícil su conquista para todos y en especial para el que fué su marido, Don José de Teresa. Era éste, aunque español, amigo de muchos que militaban en las filas Republicanas, y aun se susurraba (no salgo garante de la exactitud del rumor) que había contribuido eficazmente á la evasión de Puebla del General Don Porfirio Díaz, cuando era prisionero de las fuerzas Imperialistas. Este era un obstáculo, al parecer insuperable, supuestas las ideas y principios de la familia Pesado. Pero Roa se encargó de vencerlo, y con su moderación acostumbrada lo consiguió; viendo coronados sus amistosos esfuerzos con

el matrimonio cuya celebración cantaba en los hermosos versos que acabamos de citar. No soñaba el periodista conservador que así fabricaba la nave que había de salvarlo en el inminente naufragio que ya preveía.

En efecto: pocos meses más tarde, el evadido de Puebla era el general en jefe del ejército sitiador de la Capital, á que después de sesenta días de cerco debía entrar vencedor. Penoso fué el sitio, sobre todo para los que sabían que no encontrarían misericordia en el partido triunfante. Roa quedó solo en la Redacción de su periódico, con instrucciones de suspender su publicación, apenas fuera posible, salvo el honor. Allí lo veía yo diariamente, y me maravillaba su serenidad. Decíase que, cuando en 1855 asaltó la plebe la imprenta de «El Universal,» él seguía tranquilo en la parte alta de la casa, escribiendo su artículo de fondo para el día siguiente, en medio de los gritos de muerte y entre el humo de las oficinas que ya empezaban á arder. Algunas veces había dudado de la exactitud de este relato; pero su calma imperturbable durante el sitio y los aciagos días que le siguieron, me hizo creer en la verdad de aquella anécdota.

Un día encontré que el periódico se había reducido á medio pliego. «Ya no hay papel en la plaza—me dijo Roa,—cuando se acabe por completo fenecerá el periódico.» Otro día llamé en vano á la puerta de su despacho. «La Sociedad» había acabado, y con ella la

carrera periodística de Don José María Roa Bárcena. «*Pulpero* fuí en mi juventud,—me dijo familiarmente, con amarga resignación,— torno á ser *pulpero* al fin de mis días.» En efecto, emprendía de nuevo la carrera del comercio, con el apoyo de Don José de Teresa.

Este es el momento de pasar revista á la carrera de Roa Bárcena como periodista militante. No puedo, como al considerarlo en su calidad de poeta, citar sus artículos de las diversas épocas en que escribió. La poesía es inmortal, y lo mismo nos encantan los versos escritos ayer por Núñez de Arce y Zorrilla, que los de Herrera ó Fray Luis de León, los de Horacio y Homero, ó los cánticos de Moisés. Pero los artículos de periódico, y aun de revista, pierden su interés pasado el momento del combate, sobre todo si la causa que defendían es la causa vencida. Voy, pues, á pintar á Roa con sus propios colores y á toscas pinceladas.

Hablando de *La Cruz*, en su biografía de Pesado, dice: «Delicada y espinosa fué la misión de este periódico, y grande su influjo en la opinión pública, y acaso hasta en el ánimo de algunos de los personajes que figuraban en el gobierno. El saber, la claridad y la inflexible lógica de Pesado presentaban en su verdadero aspecto las cuestiones político-religiosas debatidas, resolviéndolas radicalmente en contra de la administración y del partido preponderante; y respecto de moderación y de tacto, baste decir, que la publi-

cación á que me refiero duró casi tres años en el foco de los más opuestos intereses y de las pasiones más exaltadas, sin que uno solo de sus adversarios pudiera quejarse del menor agravio personal, y sin que la hiriera una sola providencia gubernativa á pesar de que la tolerancia en materia de imprenta distaba mucho de ser lo que hoy. Vino á demostrar *La Cruz*, una vez más, que la verdad es enunciabile aun en las épocas y situaciones más borrascosas, siempre que se la sepa proclamar uniendo en la frase, al vigor de la substancia, la cultura y suavidad de la forma.»

En la página precedente había dicho: «Encargóse (Pesado) de la dirección y redacción de *La Cruz*, desempeñando la primera por sí solo, y la segunda en unión de otro escritor contemporáneo dedicado por completo á esa tarea. Ese escritor no nombrado, era el propio Roa Bárcena, quien al elogiar á su maestro en el periodismo, se elogia necesariamente á sí mismo.

Sus adversarios supieron apreciar su moderación y valentía. He aquí como las califica Frías y Soto: «Militó frente á mis filas, contra mi partido, y como un rudo y terrible adversario de los principios republicanos. Pero esto no obsta para que yo rinda pleito-homenaje al erudito y correcto combatiente, al poeta, al hábil prosista y al concienzudo historiador: hasta como partidario merece mis simpatías, puesto que, católico sincero y conservador intransigente, ni retorció su conciencia para amoldarse á la política

pseudo-liberal de Maximiliano, ni rebajó su dignidad sacrificando por interés sus convicciones á las exigencias de la intervención francesa.»

Mucho significan estos elogios en los labios de un adversario. Los justifican todos y cada uno de sus artículos de aquella época, entre los cuales vamos á entresacar uno solo, que vale por mil.

«.....Los pocos meses transcurridos de Marzo á Septiembre de 1821 bastaron para que el plan de Iguala germinara, se desarrollara y diera sus frutos. Tan cierto así es que las ideas exactas, útiles y verdaderamente fecundas en política, se propagan con eléctrica rapidez y producen inmediato efecto.....»

«Iturbide y Guerrero se estrecharon la diestra, y al lado de los veteranos de la época de Morelos, quemados por el sol del Sur y enflaquecidos en fuerza de privaciones y fatigas, formaron en las filas del ejército de Iguala los Quintanar, los Bustamante, los Herrera y toda esa brillante pléyade de jefes jóvenes que habían hecho sus primeras armas y cortado sus primeros laureles en un campo de batalla regado con la sangre de los hijos del país; divididos y contrarios entonces y unidos ahora bajo el noble estandarte de la reconciliación y la concordia.....»

«La fusión de los intereses y aspiraciones en el crisol de la justicia y del bien público, dejando ilesos los fundamentos de nuestra sociedad, y en salvo todos los derechos legítimos, bastaría á hacernos triunfar de la

anarquía y del desaliento que nos corroen. A la sola indicación de esta política, hemos visto al país sacudir resueltamente el letargo á que lo habían traído sus convulsiones domésticas. . . . El sendero del nuevo régimen estaba trazado por sí mismo. *¿A qué seguir otro, cuya salida si no ha de ser trágica es por lo menos problemática?»*

Este artículo, de entonación verdaderamente profética, y otros, aunque de menos resonancia, de no *menos vigor en la sustancia*, ni inferiores *en la suavidad y cultura de la forma*, parece que el día del vencimiento habrían alcanzado para Roa misericordia y aun favor. Todo lo contrario. Un mes después de haber sido vencido el Emperador en Querétaro, entró triunfante en la Capital de Méjico el General Don Porfirio Díaz. Como en aquella ciudad, se publicó desde luego un bando, mandando á cuantos habían servido al Imperio, en ciertas categorías, que se presentasen en el término de treinta horas para ser arrestados, bajo pena de muerte, en caso de no hacerlo. Los *notables* que habían proclamado el Imperio, los consejeros, jefes de oficina y comisarios imperiales, debían acudir al Convento de la Enseñanza, convertido en prisión.

El único pecado de Roa era el haber sido *notable*, ó como él, festivamente decía más tarde, aludiendo á la conocida fábula, *una de las ranas que pidieron Rey en el estanque mejicano*. Pero los vencedores lo consideraron hombre muy peligroso; y sin aguardar á que

expirase el plazo de la presentación, lo aprehendieron y lo llevaron á la improvisada cárcel. La influencia de su amigo, y ahora patrón, Don José de Teresa, con el General en jefe, hizo que se le pusiera inmediatamente en libertad. Así, pues, mientras los otros Imperialistas entraban, á guisa de torrente, á la prisión, Roa Bárcena, caminando contra la corriente, salía del Convento. Pocos días duró su libertad. Se le pedía para obtenerla definitivamente no sé qué compromiso que repugnaba á su conciencia, y prefirió volver á encerrarse. Aunque sin querer, sus enemigos le habían evitado la humillación de presentarse.

Poco más de dos meses duró la prisión preventiva. En Septiembre de 1867 se pronunciaron las respectivas sentencias, y unos fueron condenados á destierro, otros á cuatro, dos, ó un año de prisión; otros á confinamiento en determinadas ciudades de la República. Entre los primeros se hallaba Don Alejandro Arango y Escandón, que fué algunos años después nuestro director en la Academia Mejicana. Hombre digno como pocos, cuando el Emperador tuvo antojos de abdicar y salir del país, él le aconsejó que se quedara, y se quedó con él resuelto á seguir los destinos, por adversos que fueren, de Su Majestad. Otro desterrado fué el Obispo de Tulancingo, Don Juan Bautista Ormaechea. Prelado elocuente, de elevada estatura y varonil belleza, á estas cualidades, más bien que á sus aptitudes políticas, debió el ser nombrado

Regente, por ausencia del Sr. Arzobispo Labastida. Cuando éste se escapó de Méjico, quiso llevarlo consigo; pero al fin se quedó aquél cediendo á las instancias del Emperador, quien le prometió salvarlo en la misma nave que lo condujese á Europa. Poco faltó, en efecto, para que se embarcase en la misma *barquilla de Carón*. Cuado supo que no la muerte, sino sólo el destierro, le aguardaba, se llenó de infantil regocijo; y era curioso oír contar á Roa Bárcena los cómicos incidentes de su partida. Parecía estar oyendo á Silvio Pellico narrar la salida del sacerdote veneciano Don Marco Fortini, de la fortaleza de Spielberg.

Don José María Roa Bárcena, *notable*, fué condenado á dos años de prisión.



X

**R**ALLÁNDOSE compurgando su pena en el Convento de la Enseñanza, escribió Roa la siguiente bellísima composición:

«Inútil fué, del rayo al estallido  
 Salir del mar salobre,  
 Encallando en las playas del olvido  
 Mi ya maltrecho esquife, en velas pobre.

.....  
 «En silencioso y apartado asilo  
 Náufrago aquí me tienes  
 Donde contempla el ánimo intranquilo  
 Vuelos en males ya, mis pocos bienes.  
 «A mi alma, empero, sorprender no pudo  
 Tan súbita mudanza,  
 Ni de la humana ira el golpe rudo  
 Hirióla en el pensil de la esperanza.

.....  
 «Los males que anunciaba, en su avenida,  
 Como á todos me envuelven;  
 Y ya, la venda espesa desceñida,  
 A quien los vió venir, todos absuelven.

UNIVERSIDAD DE MEXICO L.  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 MEXICO, D.F.